

LOS DOS JOROBADOS. — EL FRANKENBERG. — LA CALLE
DE LOS DUENDES.

Un carruaje que habia yo alquilado para hacer una correría por las inmediaciones de Aix-la-Chapelle, me esperaba á la puerta de la iglesia. Monté en él, y mandé al cochero me condujese al mercado de los Pescados; porque el mercado de los Pescados es célebre, no solo por sus anguilas del Mosa y sus carpas del Rhin, sino tambien por una antigua tradicion que se remonta al dia de San Mateo del año de Nuestro Señor 1349.

El dia, pues, de San Mateo del año 1349, un pobre músico jorobado que habia tocado en el baile de una boda en una aldea, se volvia con los tres florines que habia ganado metidos en su bolsillo, cuando al llegar á la lonja le asombró ver la plaza del Pescado perfectamente iluminada. Acababan de

dar las doce de la noche en la catedral, y como no era esta la hora del mercado, el pobre músico, creyendo que aquella noche se celebraba en Aix alguna festividad particular de que su calendario no le habia prevenido, se dirigió hácia las luces, esperando que si como creia, se regocijaban allí, su violin no seria peor recibido que en otra parte.

En efecto, hallábase en la plaza una alegre reunion; todos los puestos de los vendedores de pescado estaban iluminados con tal profusion, que el músico se preguntaba cómo habian podido encontrar tantas bujías en la ciudad. Humeantes viandas estaban servidas en platos de oro; los vinos mas exquisitos reflejaban en vasijas de cristal sus colores de topacio y de rubí; en fin, un gran número de señoras jóvenes de las mas elegantes, y caballeros perfectamente vestidos hacian honor al banquete, que tocaba á su fin. Al ver aquello, no dudando el músico que se hallaba en medio de un conventículo, quiso huir; mas al volverse, se encontró tras de sí pajes y lacayos que le cerraron el paso, y le mandaron en nombre de su señor y su señora, subiese en una mesa y tocase el violin.

Jamás el pobre músico, que aun en estado de completa tranquilidad tocaba con compás con gran trabajo, habia estado en disposicion de tocar peor; cuando con gran admiracion suya, á la primera vez que pasó el arco, sus dedos se pusieron á recorrer las

cuerdas con una rapidez y tal precision en el compás, que hubiesen hecho honor á Paganini ó á Beriot. Al mismo tiempo se oyeron en el espacio sonidos de tan gran suavidad que el pobre diablo no podia creer fuesen producidos por él, y eligiendo cada caballero su pareja, comenzó un wals diabólico, uno de esos walses como los de Fausto y como los describe Boulanger, precipitándose, agolpándose, retorciéndose con los mil repliegues de una inmensa serpiente, y todo esto con gritos de júbilo, carcajadas, contorsiones tan extrañas, que le sobrecogió un vértigo al músico sobre su mesa, y no pudiendo contenerse en su sitio, saltó de su improvisado trono, se lanzó de un brinco en medio del círculo, y allí, saltando ya sobre un pié, ya sobre el otro, llevando de ese modo el compás cada vez mas rápido concluyó á su vez por gritar, reir, y patear con tal fuerza, que al fin del baile estaba tan cansado como los que walsaban.

Entonces una hermosa dama se aproximó á él llevando en una bandeja de plata una copa de oro llena de vino delicioso, que el músico bebió hasta la última gota; al mismo tiempo le quitaban dos pajes su vestido, y la dama aplicándole la bandeja á su joroba, cogió un fino cuchillo de hoja de oro, y sin el menor dolor le quitó la excrescencia que habia llevado hasta entonces pacientemente entre sus hombros. Al fin, un caballero de buena presencia

echó en la copa vacía, y para reemplazar al vino que habia bebido, un puñado de florines de oro que sacó de su escarcela: el pobre músico viendo que hasta allí no le habian hecho mas que beneficios, dejaba obrar á los apuestos señores y lindas damas, confundiéndose en excusas sobre el trabajo que se tomaban, cuando de repente cantó un gallo en las inmediaciones; en el mismo instante, bujías, cena, vinos, damas, caballeros, pajes, todo desapareció como si la misma boca de la nada hubiese dirigido su soplo allí, y se encontró solo en la oscuridad, sin joroba, con su violin y su arco en una mano, y en la otra su copa llena de oro.

Permaneció un momento completamente aturcido, como si acabara de tener un sueño, mas habiéndose tranquilizado poco á poco, vió que estaba muy despierto, hablándose á sí mismo, y felicitándose en alta voz de la dicha que habia tenido. Tomó el camino de su casa, tocó á la puerta y llamó. Su mujer se levantó al punto y fué á abrirle; mas al ver á aquel hombre perfectamente derecho, en quien esperaba hallar un jorobado, volvió á cerrar apresuradamente la puerta, creyendo que era un ladrón que para penetrar en su casa habia imitado la voz de su marido. De modo, que el pobre diablo por mas que hizo, á pesar de lo que dijo, se vió obligado á pasar la noche en el banco de piedra que estaba junto á la puerta de su casa.

Al día siguiente por la mañana, el pobre músico hizo una nueva tentativa, y mas feliz que por la noche, consiguió ser reconocido por su mitad. Verdad es que la buena mujer, viendo un hombre recto y rico en vez de un hombre pobre y jorobado, probablemente concedió algo al acaso, conociendo que no perdía en el cambio. Entonces la refirió el músico todo lo que había pasado, y su mujer, que como se ha podido adivinar, era una mujer de sentido, le aconsejó diese de limosnas la cuarta parte de su oro, y como con el resto tenían para vivir tranquila y honradamente, que colgara, á manera de *ex voto*, el milagroso violín debajo de la efigie de su patrono. Era este un buen consejo; así que el ex-jorobado lo siguió al pié de la letra.

Como se concibe, la aventura hizo mucho ruido en Aix-la-Chapelle; los unos quedaron contentos, y este era el mayor número, porque el pobre músico era generalmente apreciado; otros se afligieron, y estos eran los envidiosos.

Ahora bien, entre estos últimos se contaba un músico jorobado del pecho, que á causa de este achaque, no pudiendo tocar el violín como su colega que era jorobado de la espalda, tocaba el clarinete, y el cual por la inferioridad del instrumento que se había visto obligado á adoptar, le tenía jurado hacia mucho tiempo un odio mortal al pobre violinista. Naturalmente, pues, había sido uno de los

que mas sintieron la felicidad que había tenido; sin embargo, fué de los primeros que se presentaron con rostro alegre á felicitarle por su buena suerte, encontrándole no obstante peor que cuando era jorobado, é hizo le refriese la historia con sus menores detalles. Cuando se hubo enterado bien, partió, y con arreglo á lo que le dijeron, formó su plan.

Desgraciadamente debía pasar un año antes que lo pusiese en ejecución, y para el pobre jorobado, fué este año un siglo. Por fin, llegó el día, ó mas bien la noche de San Mateo: cogió el músico su instrumento, se fué á tocar para que bailaran á la aldea donde un año antes había ido su colega, y al dar la media noche volvió por la misma puerta, de modo, que á las doce y algunos minutos se encontró en la plaza del mercado del Pescado, y en cuanto llegó, grande fué su alegría, porque estaba iluminado como un año antes; las mismas damas y los mismos caballeros estaban sentados en un banquete semejante, pero tan alegre como el otro parecía, este parecía triste. No por eso dejó el músico de llevar su clarinete á la boca y acompañaron al punto los mochuelos y buhos, colocados en los santos de piedra de la catedral: cogiéronse los fantasmas de la mano, y en vez de aquella loca alegría con que habían danzado un año antes, empezaron un grave y triste minuet, que concluyó con reverencias afec-

tadas y tiesas, como sería de rigor en estatuas de mármol tendidas sobre los sepuleros. No obstante, la dama que un año antes había dado al buen violín la recompensa que tanto ambicionaba el envidioso clarinete, se aproximó al músico, y cuando los dos pajes le hubieron abierto su jubon, operacion que dejó hacer con una paciencia notable, le aplicó en la espalda la bandeja de plata. Mas como era la bandeja donde se había conservado cuidadosamente la joroba de su colega, y la aplicacion se hacia precisamente en el mismo sitio, la joroba prendió al instante mismo, de modo, que habiendo en tanto cantado el gallo todo desapareció, y el clarinete se encontró jorobado por delante y por detrás.

Cada músico había sido recompensado segun sus méritos.

Salimos de Aix-la-Chapelle por la puerta de Borcette, á fin de ir, como todo viajero debe hacerlo, á probar las aguas minerales. Las de Borcette, como todas las aguas minerales, son detestables.

Al salir de Borcette bajé del carruaje, y mi cochero, despues de haberme enseñado en el centro de un grupo de árboles las ruinas de Frankenberg, me señaló un caminito que conducia á él. Le seguí exactamente; corria á su lado en la extension de ciento ó ciento cincuenta pasos un arroyuelo humeante, cuya templada humedad me pareció conservaba las plantas con un hermoso verdor;

despues atravesé el Felsembach. Me perdí un instante en la espesura, hasta que al fin me encontré á la puerta de la quinta. A esta quinta es donde van á enjuagarse la boca con el makey, los que han bebido el agua de Borcette. Mas como nuestros lectores no encontrarán probablemente la palabra makey en la *Cocinera de la clase media*, sabrán que es simplemente una mezcla de crema, canela y azúcar, de sabor muy agradable.

Recorrí las ruinas, y vi el lago donde estaba sumergido el anillo de Falstrade¹. Cuando el castillo era nuevo, y el agua del lago estaba pura, debía ser esta una deliciosa mansion, y se comprende fácilmente, dejando la magia aparte, la predileccion que el buen emperador tenia por aquel sitio.

Sin embargo, como no podia yo, menos feliz que él, pasar allí mi vida, volví á subir al carruaje, y despues de haber seguido por algun tiempo los baluartes exteriores, hicimos un rodeo, y llegamos, siempre en carruaje, á la cima del Loosberg; este es el sitio donde Satanás, rendido de llevar su mogote, le dejó caer²: no hace mas de treinta años era todo arenoso, y tal como había salido de sus manos. Mas desde el año 1807, época en que especialmente dejó de creerse en el diablo, la antigua montaña de la Astucia ha sido trasformada en

¹ Véase la crónica de Carlo-Magno.

² Véase la crónica de Carlo-Magno.

jardines, y su árido suelo ha desaparecido bajo una capa de verdura, en medio de la que han brotado en confusion, árboles, cafés y casinos.

El Salvatorsberg ha permanecido mas fiel á sus antiguas tradiciones, y no se encuentra mas que las ruinas de una antigua iglesia erigida por Lotario I, y una especie de quinta que pertenece no sé á quién.

Entramos en Aix-la-Chapelle por la puerta de Colonia, y como yo se lo habia encargado, mi cochero se detuvo en la callejuela de los Duendes; tambien va unida á esta pequeña calle una antigua tradicion, que le ha dado el nombre de *Hinzen-Geeschen*.

Habia en otro tiempo en el país de Limbourg, en el sitio mismo en que se ven hoy las ruinas del castillo de Emmaburgh, que gracias á la tirania de Federico Guillermo no habia yo podido ver sino descoyuntándose el pescuezo, inmensos subterráneos cuyo fin nadie habia podido ver; estos subterráneos, desiertos en apariencia de dia, eran por la noche la mansion de esos buenos duendes de la familia de los Trilby, cuya historia nos ha escrito Nodier; estos graciosos hijos de la Tierra, de inocentes malicias y locas alegrías, se reunian desde que el sol se habia puesto, y permanecian hasta la una de la madrugada colocados al rededor de largas mesas, entonando canciones en un idioma descono-

cido, y bebiendo en copitas de oro, cuyo choque imitaba tan perfectamente el sonido de una campanilla, que un dia un pastor, que habia perdido su vaquilla, creyendo que se habia metido en los subterráneos bajó á ellos guiado por el sonido, y vió á aquella alegre y subterránea reunion bebiendo sus exquisitos vinos y cantando sus locas canciones. Entonces comprendió que aquel sonido que habia creído el de la campanilla de su becerra, era el de las copitas de oro, y se retiró al punto, sin que los duendes, á pesar de haberle visto, le hubiesen hecho el menor mal.

Mas el pastor no les guardó el secreto como de él esperaban, y su primer paso, al salir del subterráneo, fué para ir á denunciar á su confesor á los diablillos que tan bien se regalaban: el confesor era un fraile severo á quien no agradaban las fiestas clandestinas, y que no queria se divirtiese nadie mas que los dias autorizados por el calendario. Hizo una cuestacion, reunió una considerable cantidad, edificó una iglesia en el sitio mismo por donde el pastor habia entrado en el subterráneo, colocó una cruz en su cúpula, y fué con toda pompa y seguido de la clerecía á la capilla á decir misa, y proceder allí á los exorcismos indicados por el ritual.

Pero no habia necesidad de tantas ceremonias: á la primer campanada los pobres diablillos de los duendes se vieron obligados á desalojar

No obstante, los desterrados privados de su antigua morada, habian elegido otro domicilio; y mientras en castigo de su indiscrecion el pastor se iba muriendo de una enfermedad de languidez, se habian ellos instalado en los subterráneos de una torre situada entre las puertas de Colonia y de Sand-Kaul. Mas, ¡ ay ! los pobres diablillos no habian tenido tiempo, al dejar su domicilio, de llevarse el mobiliario que le adornaba; de modo que no tenian ni bandejas de plata, ni copas de oro; de modo que cada vez que tenian que celebrar alguna funcion, necesitaban tomar prestado de los habitantes de las calles próximas, calderas, cacerolas y vasos; lo cual hacian entrando en las casas por las chimeneas, llevándose con gran estrépito los utensilios que necesitaban, y que los habitantes encontraban al dia siguiente cuidadosamente colocados en sus puertas. Comprendieron, pues, que valia mas, cuando ciertas señales como el chisporroteo del fuego, el relincho de los caballos, el estremecimiento de la batería de cocina, les anunciaban que era dia de fiesta entre los duendes, poner ellos mismos á la puerta de sus casas los utensilios que los visitantes nocturnos tenian costumbre de tomarles prestado, y obraron en su consecuencia. Los duendes, reconocidos no hicieron ningun ruido, y los habitantes de las calles inmediatas á la torre, pudieron al fin dormir.

Mas sucedió que un dia, dos valientes soldados que se hallaban alojados en la fonda del Salvaje, situada precisamente en la calle que se llama hoy la callejuela de los Duendes, vieron al fondista que limpiaba las cacerolas con un cuidado especial, y que cuando estaban brillantes como plata las ponía á la puerta. Preguntáronle entonces con qué objeto se tomaba aquel trabajo, y habiéndoles dicho que para los duendes, se echaron á reir, y como eran hombres que á nada temian, y ni creían en Dios ni en el diablo, le dijeron:

— Está bien, entrad vuestras cacerolas, que nosotros vamos á colocarnos en la puerta, de modo que cuando vengan los duendes, en lugar de toda vuestra batería de cocina, se encontrarán con dos espadas bien afiladas.

El fondista hizo cuanto pudo para impedirles cometer semejante imprudencia; mas los dos soldados se retorcieron los bigotes jurando por el santo nombre del Señor; de modo que el posadero les hizo una reverencia, y los dejó obrar á su voluntad.

Cuando llegó la noche, pusiéronse en efecto los dos soldados en el dintel de la puerta, que cerró el posadero tras de ellos; por algun tiempo los oyó hablar amistosamente; despues, cuando fueron ya las diez de la noche, les oyó levantar la voz, luego disputar, por último cruzar los aceros: por algun rato pudo seguir el ruido de las espadas;

cesó de repente, y le sucedió un profundo silencio.

Al día siguiente al rayar el día, salió el posadero y encontró á los dos soldados muertos; se habian batido y atravesado uno á otro.

Nadie dudó que aquello habia sido una venganza de los duendes; y habiendo llegado el rumor de la aventura á oídos del fraile, resolvió expulsarlos de la ciudad, como los habia expulsado ya de Em-maburgh: en su consecuencia, armado con un calderillo de agua bendita y un hisopo, bajó á los subterráneos de la torre, y los asperjó completamente, acompañando cada aspersion con las palabras poderosas que ya otra vez los habian expulsado.

Desde entonces abandonaron los duendes á Aix-la-Chapelle, y nadie sabe lo que ha sido de ellos; pero en memoria de su permanencia en los subterráneos de la torre, la calle en que se encontraron los dos soldados muertos se llama todavía hoy *Hinzen-Geeschen*, ó callejuela de los Duendes.

Como no teníamos mas que ver en Aix-la-Chapelle, volvimos á la fonda del Gran Monarca, con la intencion resuelta de partir al día siguiente por la mañana, é ir á dormir á Colonia.

Así, pues, como ningun duende vino á desbaratar este proyecto, al día siguiente, á las seis de la mañana, pusimos en ejecucion su primera parte, dejando á Aix-la-Chapelle.

COLONIA.

Llegamos á las diez de la noche á Colonia. Como nuestro cochero no conocia la ciudad, nos condujo á un laberinto de calles pequeñas y terminó en una especie de zahurda llamada la fonda de Holanda. En Alemania, una vez entrado en una fonda á deshora, es cogido un desventurado viajero como un raton en una ratonera. Se cierra la puerta detrás de él, y se ve obligado á esperar hasta el día siguiente por la mañana para saber qué será de él. Nuestra desgracia redundó en provecho de la curiosidad. Al día siguiente al amanecer, estábamos en las calles de Colonia.

Colonia debió su origen á un campamento romano. Un día encontró Agrippa hermosa aquella posicion, y se estableció en la colina que se extiende desde la iglesia de Nuestra Señora hasta la plaza

de Santa María de las Escalinatas. Los campamentos romanos eran verdaderas fortalezas, con sus fosos, sus murallas y sus torres. Algunas miserables chozas que se habían levantado en la ribera oriental del Rhin, pasaron el río y se apoyaron en el campo romano para pedirle su protección. Sucesivamente siguieron otras su ejemplo, y el antiguo campo de Agrippa se encontraba ya rodeado de una muralla de casas, cuando por fortuna nació allí Agrippina durante las campañas de Germánico. Fué esta una razón para que Claudio enviase allá una colonia romana, que tomó el nombre de Colonia Agrippina, y dió al campamento el aspecto de una ciudad. Posteriormente Vitelio fué aquí proclamado emperador, y desde entonces se contó en los anales romanos, y ocupó su puesto en la historia del mundo.

Todavía hoy se puede seguir por las ruinas el recinto cuadrangular trazado por los Romanos, aquellos poderosos constructores, y es fácil marcar los límites de la colonia de Agrippina en el momento en que Trajano la dejó, llamado por Nerva para dividir el imperio con él, es decir, á fines del primer siglo.

Desde entonces, Colonia, convertida en capital de la Galia Rhiniana inferior, fué considerada como una ciudad importante: el emperador Constantino hizo edificar en ella un magnífico puente, cuyo arco

ha desaparecido, pero cuyos pilares todavía se descubren cuando las aguas del Rhin están bajas.

Entre estos dos períodos, es decir, por el año 220, los Godos, en una de sus invasiones, quisieron destruir la ciudad naciente: y á esta invasión es á la que va unida la tradición de las once mil vírgenes.

En 508 fué proclamado Clovis rey de Colonia. Por esta ciudad y por el punto llamado Dentz, es por donde los Ripuarios ejecutaron su invasión. Pepino fué duque de Colonia antes de ser rey de los Francos; Carlo-Magno, como hemos visto, hacia frecuentes visitas á esa ciudad; en fin, Othon el Grande la reunió al imperio germánico, la concedió grandes privilegios, y la confió á la protección de su hermano Bruno, arzobispo de Colonia y duque de Lorena.

En la edad media, es decir, á fines del siglo xiv, Colonia, que había ido extendiéndose sucesivamente, era el apoyo mas poderoso de la federación de las ciudades llamadas Hanses. Entonces podía poner ella sola sobre las armas treinta mil combatientes, y poseía once colegiadas, cincuenta y ocho conventos, diez y nueve iglesias parroquiales, cuarenta y nueve capillas y diez y seis hospitales.

En el siglo xv comienza la decadencia de Colonia, el comercio de Flandes, del Brabante, y de la Holanda la mina; las proscripciones religiosas la

sacan lo mejor de su sangre; en fin, en 1794, Colonia se convirtió en ciudad de la república. Hasta este tiempo, es decir, por espacio de mas de diez y seis siglos, habia conservado el patriciado romano, la toga de los cónsules, y los lictores con sus fascas. En 1814 fué ocupada por los Rusos, y al año siguiente fué cedida á los Prusianos, quienes para todo evento, la fortificaron, añadiendo siete torres á las ochenta y tres que ya tenia. Pero estas fortificaciones tienen un objeto muy extraño que se encuentra sistemáticamente aplicado en toda la línea del Rhin; y es el de amenazar á las ciudades mas bien que defenderlas.

En efecto, las provincias rhinianas, separadas violentamente de la Francia y dadas á S. M. Federico Guillermo como aumento de territorio, no están mas que hilvanadas á la Prusia, y al primer llamamiento se descoserian de ella. Su nuevo señor, separado ya de sus nuevos súbditos por el abismo religioso, que se hace cada vez mas profundo con la persecucion, y que no se ciega por la tolerancia, en vez de dejar á los habitantes del Rhin el código Napoleon que durante veinte años los habia regido; en vez de elegir de su mismo seno los funcionarios públicos que deben administrarles; en vez, en fin, de concederles el libre ejercicio de la religion que han recibido de sus padres, y que quieren transmitir á sus hijos, les arrebató

poco á poco las leyes francesas para sustituirlas con el capricho prusiano; elige los empleados del gobierno fuera del territorio que están encargados de gobernar, y quiere que todo hijo de un padre protestante siga la religion de su padre, lo cual seria justo acaso en cualquier otro país, pero que allí, donde solo hay porvenir en el enlace con los extranjeros, y donde todos los extranjeros son luteranos, se convierte en una suprema injusticia.

Contra esta última decision, cuyas consecuencias conocia, se pronunció Clemente Augusto, arzobispo de Colonia, que ha tenido talento para ser mártir en una época en que no podia creerse posible serlo. En virtud del poder espiritual que habia recibido del papa, declaró, colocándose en oposicion con el poder temporal del rey, que no autorizaria á los sacerdotes para que bendijesen los matrimonios mixtos, sino despues que los padres al contrario de lo que se habia ordenado por el real decreto, se hubiesen comprometido formalmente, á educar á sus hijos en la religion católica, diciendo que á falta suya allí habia pastores luteranos, y que para los que creyesen inútil el matrimonio ante Dios, quedaba el matrimonio ante la ley. Algunos dias despues de esta declaracion, el gobernador civil de la provincia y el coronel de la gendarmería residente en Coblenza, se presentaron en Colonia, y despues de unirse al corregidor de la ciudad, fueron al pa-

lacio arzobispal. Introducidos á la presencia de Clemente Augusto, le intimaron la órden de obedecer las instrucciones del gobernador. El arzobispo respondió que en los negocios temporales estaba él sometido al rey, pero que en cuestiones espirituales no dependia mas que de Roma. Se le mandó entonces dimitiese de su arzobispado; mas respondió que nombrado por el papa, solo el papa podia suspenderle. Al oír esta respuesta, fué arrestado y conducido á la fortaleza de Minden, donde está libre, es verdad, pero libre en una ciudad protestante, y donde tiene por criados soldados vestidos de paisanos.

Es imposible figurarse el efecto que produjo este arresto; un febril escalofrío circuló por toda aquella línea de ciudades aletargadas bajo la dominacion extranjera, y que se despertaron de repente, recordando el tiempo en que eran libres. Bajo el pretexto de vigilar á los Belgas y Holandeses, en cuestion en aquella época acerca del Limbourg y el Luxembourg, dirigieron las tropas prusianas á las orillas del Rhin; la fortaleza de Chrenbreisten, que domina á Coblentza, punto central de la agitación, se llenó de pólvora y erizó de cañones, cuyas bocas, á medida que se ponian invisiblemente en batería, se volvian como por sí mismas hácia la orilla izquierda del Rhin. El príncipe Guillermo, enviado al país con la aparente mision de

pasar revistas, se detuvo en Colonia, donde fué silbado, y fué á Coblentza á tomar parte en la fiesta que la provincia daba al general Borstel. Hé aquí con qué motivo se daba esta fiesta, y lo que pasó.

El anciano general Borstel, que mandaba en Coblentza desde 1827, terminaba su año quincuagésimo de servicios; con este motivo la provincia le dió una fiesta á que asistieron los enviados de todas las ciudades del Rhin y de todas las corporaciones administrativas. Terminada la revista que el general pasó en la plaza Mayor, y al fin de la que el príncipe Guillermo le presentó los regimientos como si le entregase por segunda vez el mando, hubo gran comida. A los postres preguntó el príncipe Guillermo, para procurar atraer hácia sí la atención y los aplausos que se dirigian hácia el general, si no se acordaba nadie de alguna antigua cancion del Rhin; se levantó entonces un convidado, y cantó las siguientes estrofas, que traduzco aquí en su sencillez literal, pero no en su nativa rudeza:

Cantemos al rio en cuyas ondas
La libertad de nuestro pueblo estriba;
Al Rhin cantemos con sus aguas hondas,
Que antes que tributario al mar arriba.

Baña la adorada vega
Donde el racimo riega.

Del Rhin lo fino
Es el vino.

Palabras que al tirano causan grima,
Palabras consonantes en la rima.

Cantemos á ese liquido afamado
Que la igualdad entre nosotros puso,
Que de serviles, hombres ha formado,
Que al poderoso con denuedo impuso.

Tras la copa que se empaña
Es palacio la cabaña.

Del *Rhin*, etc.

Bebiendo el zumo de la cepa hermosa
Que crece en tus orillas, fértil rio,
Jamás sedujo á nadie farsa odiosa
Del pueblo esclavo que aturde el desvarío.

El corazón que es honrado

Solo es feliz libertado.

Del *Rhin* lo fino

Es el *vino*.

Palabras que al tirano causan grima,
Palabras consonantes en la rima ⁴.

Estas tres estrofas fueron acogidas con frenéticos aplausos, que tampoco se dirigian esta vez al príncipe Guillermo; tanto, que se retiró muy descontento, y se pusieron nuevas tropas en movimiento, siempre bajo el pretexto de vigilar las fronteras belgas; pero resultó de todo esto que las ciudades de la ribera izquierda del Rhin, desde el puente de

⁴ Debo confesar que riman mejor en alemán que en francés, pero no soy dueño de elegir otras rimas. (N. del A.)

Con mas razon podemos decir nosotros eso, puesto que en nada se parecen RHIN y VINO en nuestro idioma. (N. del T.)

Kell hasta Nimega, no fueron mas que un largo reguero de pólvora, al que prenderia fuego la menor chispa. Una vez encendido, es difícil que el incendio, y sobre todo si conserva su lado religioso, no se comunique, si no al gobierno, al menos al pueblo belga, al que todas sus simpatías inclinarán á sostener á sus correligionarios.

La corte de Berlin no deja escapar jamás la ocasion de demostrar su rencor envidioso y contrarrevolucionario á la Francia. La Francia por su parte, tiene á Waterloo en el corazón, de modo que con un poco de buena voluntad entre nuestros ministros, las cosas pueden arreglarse á satisfaccion de todos.

Por lo que hace á nosotros, que tenemos fe en el porvenir, propondríamos al rey Luis Felipe, en lugar de ese ridículo cartel en que se han hecho las armas de la revolucion de julio, acuartelar el antiguo escudo de Francia.

En el primer cuartel, con el gallo galo, con que tomamos á Roma y Delfos.

En el segundo, con el águila de Napoleon, con la que tomamos el Cairo, Berlin, Viena, Madrid y Moscou.

En el tercero, las abejas de Carlo-Magno, con las que tomamos la Sajonia, España y la Lombardia.

En el cuarto, las flores de lis de san Luis, con

las que tomamos á Jerusalem, Mausourah, Túnez, Milan, Florencia, Nápoles y Argel.

Luego se añadirá á esta divisa, que se procurará observar mejor que el rey Guillermo de Holanda lo ha hecho con la suya :

Deus dedit, Deus dabit.

Y tendríamos sencillamente el blason mas bonito de la tierra.

LA CATEDRAL.

Nuestra primera visita fué á la catedral.

El arzobispo Engelberg, por sobrenombre el Santo, fué quien concibió, hácia 1225, la idea de hacer construir una catedral; pero Conrado de Hochsteden, su sucesor, fué quien habiendo resuelto en 1247 pasar de la idea á la ejecucion, hizo ir al primer arquitecto de la ciudad, y le mandó edificase un monumento que sobrepujase en arquitectura religiosa á todo lo mas hermoso que hasta entonces se habia hecho. Ponia á su disposicion para conseguir el objeto, el tesoro del cabildo, uno de los mas ricos del mundo, y las canteras del Drakenfels, la mas alta de las siete montañas.

Era esta una de esas proposiciones que vuelven loco á un artista, así aquel á quien se habia dirigido el digno prelado salió del palacio arzobispal